



CAPÍTULO XI

José en el cielo.

I

Es la bienaventuranza un estado perfecto por la agregación ó conjunto de todos los bienes (1).

En esta definición se considera la bienaventuranza como un bien común y perfecto que asegura á quien la posee un absoluto bienestar (2).—Es el bien perfecto de la naturaleza intelectual, al que aspira esta misma naturaleza que tiende naturalmente á su felicidad; y como lo más perfecto en la naturaleza intelectual es su propia operación, que la hace comprender en cierta manera todas las cosas, síguese que consiste su bienaventuranza en el acto de entender. En Dios el ser y el entender no se distinguen sino racionalmente; por esto debe atribuírsele la felicidad según su entendimiento. Lo

(1) Boecio, De Consol. L. 3. pross. 2.

(2) I, 2, Q. III, A. II ad 2.

mismo sucede respecto de los demás bienaventurados que lo son por la semejanza de su beatitud con la de Dios (1).

Pregunta el angélico Maestro si la felicidad es alguna cosa increada, y contesta: El fin puede considerarse de dos maneras, ó con relación al mismo objeto que deseamos alcanzar, y en este sentido el dinero es el fin del avaro; ó refiriéndonos al uso ó sea el gozo del objeto que se desea, v. g., la posesión del dinero es el fin del avaro.

Considerado el último fin del hombre en el primer sentido, ese fin es un bien increado, es Dios; porque sólo El, por su bondad infinita, puede llenar perfectamente la voluntad del hombre; y sólo en El, esa voluntad puede descansar enteramente.

Considerado en el segundo sentido el último fin del hombre, es un bien creado, que existe en el mismo, y que no es otra cosa que la consecución ó la fruición del último fin.

El último fin se llama bienaventuranza, la cual es un bien increado en cuanto á su causa ú objeto; mas considerándola según su propia esencia, es un bien creado.

Dios es dichoso, no por participación de otro bien, sino por su esencia; y los hombres lo son por participar del sumo Bien; y esta participación que los hace bienaventurados, es un bien criado, mas se dice que es el sumo bien del hombre, porque es la consecución ó fruición del Bien sumo, y tal

(1) P. I, Q. XXVI, A. II.

bienaventuranza se llama último fin, en el sentido en que se llama fin la consecución de este mismo (1).

Se nos ha dicho que la bienaventuranza es el estado perfecto en el cual están todos los bienes. Es eterna, total, inamisible, suprema y completa. —No la podemos comprender: ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni el corazón llegó á sentir lo que Dios ha preparado á los que le aman.

El objeto de la bienaventuranza de que gozarán los santos en el cielo, es el sumo Bien, es Dios, en quien únicamente pueden quedar satisfechos todos los deseos de la criatura racional. Dichoso es, Dios mío, decía san Agustín, quien te conoce, aunque ignore todo lo demás (2).

A este sumo Bien, á este único Dios verdadero, aspira la naturaleza racional, que siempre camina en busca de su dicha; mas ¡ay dolor, cuántas veces corren los hombres en pos de los placeres de esta vida, creyendo hallar en ellos lo que sólo en Dios existe! Y después de mil desengaños y desgracias, tienen que exclamar: ¡Oh Señor! nos hiciste para Ti, y nuestro corazón siempre tendrá que estar inquieto, mientras en Ti no descansa.

El desfallecimiento y la tristeza que los extravíos dejan en el alma, le dan á conocer que es indispensable recurrir á Dios en busca de remedio; que debe pedirle los auxilios de su gracia; ¿sin éstos qué pudiera hacer?

(1) 1, 2, Q. III, A. I.

(2) V, Confess. 4.

Llévanos en pos de Ti, y te seguiremos atraídos por la suavidad de tus aromas (1). Y Dios nos llevará por el camino de su amor; y gozaremos, y nos llenaremos de contento, acordándonos de las delicias de su santa caridad.

Fuera de Dios jamás descansaremos, ni gozaremos de una verdadera dicha. La naturaleza racional aspira siempre á lo más perfecto, y sólo en Dios existe la perfección infinita. Siempre se dirige esa naturaleza á un perfecto descanso; y sólo á Dios se pueden decir con verdad estas palabras: Quedaré satisfecho cuando aparezca tu gloria (2).

Si consideramos la bienaventuranza según que es alguna cosa criada que existe en el hombre, descubrimos en ella la operación. Esta es la perfección última; uno es perfecto en cuanto está en acto.

En Dios la bienaventuranza es por esencia, tanto porque su ser es su operación, como porque no goza de otro sino de Sí mismo. En los ángeles la bienaventuranza es la perfección última según la operación que los une al Bien increado, la cual es en ellos única y sempiterna, que nadie impide ni puede turbar, y que dirige sus acciones exteriores sin que éstas los priven de la visión beatífica.— En los hombres, durante la presente vida, la perfección última se relaciona con la operación que los une á Dios, la cual ni es sempiterna ni continua; ni es única, sino que se multiplica con mucha frecuencia; por esto la perfecta dicha no es

(1) Cantic. I, 3.

(2) Psalm. XVI, 15.

de la presente vida; mas Dios en su bondad nos ha prometido una perfecta bienaventuranza, en la que seremos como los ángeles en el cielo (1); bienaventuranza perfecta, porque entonces la operación con que se unan á Dios nuestras almas, será una, continua y sempiterna. En la vida presente, cuanto más nos falte la unidad y la continuidad, otro tanto tendrá que faltarnos de la perfecta dicha; mas sin embargo, de ella participamos en alguna manera; y esa participación está en razón directa de la continuidad y de la unidad. Por esto la vida activa que se distrae en diversas ocupaciones, no tiene tan perfecta dicha, como la vida contemplativa que se ocupa en un solo objeto, la contemplación de la verdad (2); mas si en esto consiste el ser de la bienaventuranza, tal contemplación produce en el alma las más santas y amorosas delicias. Es cierto que la esencia de la bienaventuranza no consiste en el acto de la voluntad, porque la eterna dicha es la consecución del último fin; si éste aún no se ha conseguido, la voluntad se dirige á él por medio del deseo; y si ya se ha alcanzado, descansa deliciosamente en el fin. En el primer caso, el deseo no es la consecución del fin, sino un movimiento hacia él. En el segundo, las delicias y el descanso se producen en la voluntad por la presencia del fin, mas no al contrario, esto es, que el fin se presente porque en él se deleite la voluntad; que si así fuese, el avaro

(1) Matth., XXII, 30.

(2) D. Thom. Cit. A. II.

conseguiría el dinero cuando quiere tenerlo; y esto no lo consigue sino cuando realmente ha llegado á sus manos, y entonces es cuando se deleita en su posesión. Otro tanto pasa en lo que vamos diciendo: primeramente queremos conseguir el fin; mas lo conseguimos cuando se nos hace presente por un acto del entendimiento, y entonces en él descansa y se deleita nuestra voluntad. Por lo mismo la bienaventuranza consiste en un acto del entendimiento, y las delicias de la voluntad le pertenecen consiguientemente, según estas palabras de san Agustín: La bienaventuranza es el gozo de la verdad, porque este gozo es la consumación de la misma bienaventuranza (1).

Consiste la bienaventuranza, ha dicho el Doctor angélico, en un acto del entendimiento; mas ¿cuál es el objeto de esa bienaventuranza que nos hace dichosos? Es la esencia divina contemplada claramente; pues entonces el hombre ya no tiene qué desear ni qué buscar; ha conseguido la perfecta consumación de su dicha, asimilándose á Dios del modo más perfecto que es posible á la criatura racional. Sus deseos han quedado totalmente satisfechos con la posesión del sumo Bien, con la plenitud de todos los bienes, y con la consecución del último fin; fin que en esta vida se conoce imperfectamente por la fe, y á él se dirigen la esperanza y el amor; á la esperanza corresponde la comprensión, y á la caridad el gozo perfecto que durará para siempre (2).

(1) X, Confess. 23.—D. Thom. Cit. A. IV.

(2) Q. IV, A. III.

La bienaventuranza no es igual en todos los santos, sino que unos gozan más que otros del sumo Bien, que es Dios nuestro Señor; mas á ninguno falta algún bien que pudiera desearse; pues tiene el bien infinito, el bien de todo bien; y la diferencia consiste en la diversa participación del eterno y soberano Bien, notándose que el agregado de otros bienes no aumenta la felicidad: Quien te conoce, oh Dios mío, y contigo conoce otros bienes, no por éstos es más dichoso; es dichoso por ti solamente (1).

La enseñanza del angélico Maestro que hasta aquí hemos presentado, nos hace pensar un instante en Dios nuestro Señor y en nosotros mismos.

En Dios la bienaventuranza es por su esencia; ésta es su operación; y no goza de otro, sino de Sí mismo.

Grandeza infinita de mi Dios, yo os adoro. Sois un acto perfectísimo, eterno y siempre el mismo; nada os falta, nada os puede faltar; sois vuestra misma dicha que no puede aumentar, porque es infinita; ni vuestras delicias podrán disminuir, porque no son distintas de Vos mismo, Ser de los seres, inmutable y perfecto, que sois vida que nunca desfallece. Vuestra dicha no os viene de fuera; no tenéis que gozar de otro, Vos sois vuestro gozo; y este gozo, y esa grandeza infinita que en Vos adoramos, háccennos felices; porque en nosotros no hay sino la nada y la miseria; y en Vos,

(1) 1

(1) Q. V, A. II. — Confes. 4.

caudalosa é inagotable fuente de delicias eternas, tenemos que beber las aguas de la gracia que nos da la vida eterna.

Sólo Vos sois dichoso por vuestra misma esencia; y para serlo no necesitáis de las criaturas. Canten vuestras almas vuestra dicha perfecta y eterna, y bendigan sin cesar vuestra divina gloria.

¿Qué son respecto de Vos todas las criaturas? Los mismos ángeles no serían dichosos si no se uniesen á Vos que sois el Bien increado; y nosotros jamás lo seremos, si no nos unimos á Vos, que sois el último fin y la única y eterna dicha que esperamos.

Sólo Vos sois dichoso por vuestro mismo ser; mas nosotros somos criaturas miserables que todo lo hemos de recibir de vuestras manos; esto, sin embargo, no nos confunde, sino al contrario, nos llena de esperanza y de consuelo; porque sois una bondad infinita que tiene sus delicias en hacernos participantes de su misma dicha. Así lo ha hecho con sus santos ángeles y con los bienaventurados que contemplan claramente su divina esencia.— Y así lo hará con nosotros si le amamos y servimos con fidelidad y hasta el último día de nuestra vida.

II

¿En dónde está José, nuestro padre querido, el Santo amadísimo de Dios y de los hombres? Está en el cielo, y muy cercano á Dios. La bondad divina allí le tiene, ha ceñido su frente con esplén-

dida y rica diadema de gloria; premia sus méritos altísimos y hace brillar con luz encantadora las gracias y prerrogativas con que quiso distinguirlo entre todos los santos. ¡Oh cuán grande y admirable se nos presenta el humildísimo José allá en el cielo! Después de la gloria de María, Madre del Hijo de Dios, la gloria de su santo esposo, es singularísima; y los mismos ángeles la contemplan con dulce y amorosa complacencia.

Dios dará la gracia y la gloria; ¿cuál fué la gracia de José, y cuál es la gloria correspondiente á esa gracia? La gracia corresponde á la grandeza de los ministerios que confía el Señor á sus criaturas. Preguntemos ahora: ¿quién puede medir la grandeza del santo ministerio de José, como padre nutricio de Jesús y santísimo esposo de María? El Hijo del Eterno, Dios verdadero de verdadero Dios, Criador del cielo y de la tierra, le tiene por su padre. ¿No habrá relacionado, en lo que es posible, su infinita grandeza con la dignidad excelentísima que El mismo tenía que conferir al que escogía como padre putativo?

José representaba acá en la tierra al Padre celestial, al Dios de la majestad y la grandeza; y José tenía que ser enriquecido con los más preciosos y sagrados dones de la diestra del Excelso para el cabal desempeño de su santo ministerio, representando la divina persona del Padre celestial. Si contemplamos al santísimo Patriarca como esposo de María, en él descubriremos las grandes y altísimas virtudes, indispensables para una dignidad tan excelente.—María es el tesoro del Eter-

no, es la más pura de todas las vírgenes; es la Esposa inmaculada y sacrosanta del Espíritu divino. ¿Dejaría de derramar toda la abundancia de sus gracias, este mismo Espíritu divino, en el corazón del dichoso mortal, en cuyas manos ponía á la que El llama su paloma, su hermana, su esposa, su inmaculada y santísima, y que es la preferida de su amor?

Preguntemos de nuevo: ¿quién puede decirnos cuál es la gloria que corresponde á tantas gracias y virtudes, y á tan singulares prerrogativas? El caudal de sus méritos acercan á José al trono del Señor, y allí contempla cara á cara la divina Esencia que le hace eternamente feliz. Entra en el gozo de tu Señor, así le habla quien es la eterna bienaventuranza de los escogidos; y José penetra y se sumerge en el abismo de la Luz increada; y se hace semejante á Dios, á quien contempla sin velo ninguno, como es en Sí mismo; y su dicha es perfecta, cumplida y eterna. Nuestro Santo reposa deliciosamente en el seno de su Dios. Le contempla y le ama; y la verdad se le descubre con todos sus encantos, con toda su hermosura; y le inunda en delicias divinas, siempre nuevas, y de una dulzura que nunca podrá fastidiarle, sino al contrario, le harán eternamente dichoso, con una felicidad siempre nueva, siempre amable, y que nada llegará á turbar.

José contempla la divina Esencia, el Ser de Dios y sus divinas perfecciones. Ve á Dios que de nadie ha recibido la existencia, y que es vida eterna y perfecta, y que ha dado la existencia á

ca
el
de
y
tor
dej
anl
Sar
aún
ent
al v
año
Bue
deli
las a
ardie
trarr
que
dre p
M
mosl
jos y
en no
sus p
porqu
cias, y
media
Vo
guntar

(1) I

las criaturas por un acto de su voluntad omnipotente. A esa voluntad nada resiste, y José descubre en ella todo lo santo, todo lo amable y perfecto. Esa voluntad es sapientísima, y jamás puede engañarse; y se inclinó á José con una benignidad amorosísima, y le amó desde la eternidad, y le predestinó para que fuese santo y sin mancha, á los ojos divinos; y todo esto en Jesucristo, de quien quiso aquella voluntad, que fuese padre putativo, prefiriéndole para este cargo, á todos los santos.

¿Hay lengua humana que pueda explicar las santísimas delicias de José que contempla su predestinación singularísima, y el amor que Dios le tuvo desde la misma eternidad?

José contempla la majestad infinita del Padre celestial; y su corazón rebosa de una felicidad incomparable; y ese Padre divino se dignó comunicarle su majestad y su grandeza, según correspondía al representante de su divina persona; y lo hizo con una benignidad amorosísima y con una benevolencia que sobrepasaba enteramente todos los méritos del gran José, que descubre con clarísima luz, en la esencia divina, los sagrados y profundos designios del amor de Dios para con él. Todo esto ¿no será riquísima fuente que derrame en el alma de nuestro Santo querido, las delicias de una dicha purísima y que al hombre no es dado conocer?

José contempla la hermosura divina del Padre: ese Padre es eterno principio que no viene de nadie; es innacible, y tiene en Sí mismo la vida,

eterna y fecundísima; es la fuente de la divinidad, y de El proceden el Hijo y el Espíritu divino.— En Ti está la fuente de la vida, oh eterno y soberano Dios, dijo David, y en tu luz veremos la luz (1).

Y José contempla al descubierto esa fuente hermosísima de vida, y en su luz ve la luz; y al contemplar al Padre celestial, contempla á su Hijo Unigénito y al Espíritu divino que de entrambos procede; y la vida, y la luz, y el amor le llenan de una inmensa dicha, y canta la gloria del Altísimo, y queda transformado en su misma imagen y unido á El eternamente con los vínculos de un amor siempre nuevo y que nunca podrá desfallecer.

El esplendor del Padre, su imagen substancial, su Hijo Unigénito, derrama en el alma de José torrentes de purísima luz de ciencia divina que le hace comprender todos los misterios de la bondad de Dios para con El. Ese Unigénito que vive en el seno del Eterno, es grandeza infinita, y soberana y eterna majestad. Todo lo gobierna con la palabra de su virtud omnipotente, y está sentado á la diestra del Eterno; tanto mejor que los ángeles, cuanto que ha heredado sobre ellos un nombre divino que sólo á El pertenece. En efecto, ¿a cuál de los ángeles dijo el Padre alguna vez: Tú eres mi Hijo, hoy te he engendrado; y también: Yo seré su Padre y El será mi Hijo? Y al introducirle en el mundo, dijo el Eterno: Adórenle todos

(1) Psalm. XXXV, 10.

ca
el
de
y l
ton
dej
anb
J
San
aún
ento
al v
año
Bue
delic
las a
ardie
trarn
que t
dre p
Mu
mosle
jos y
en no
sus pa
porqu
cias, y
media
Vol
guntar

(1) M

los ángeles de Dios (1). Y sin embargo, esa grandeza infinita, ese Verbo divino, al hacerse hombre, escogió por su padre á José y le estuvo sujeto... ¡Qué recuerdos tan llenos de amor; y qué dicha tan grande, qué gloria tan pura y hermosa la de quien fué el escogido por el Hijo de Dios para tan santo y elevado cargo! ¡Y la dicha y la gloria de José durarán para siempre; y el que fué su Hijo putativo aquí en la tierra, tiene para con él en el cielo, los mismos sentimientos de amor y de ternura.

Acá en el mundo, José llevaba en brazos al Hijo de Dios; y lleno de dulzura le estrechaba contra su pecho, y le hacía mil caricias, y quedaba suspendido en éxtasis de amor al contemplar su hermosura; mas entonces veía José esa hermosura divina al través de los velos de la fe, como en un espejo, *in ænigmate*; y ahora la contempla en sí misma, sin velo ninguno, cara á cara, según la expresión de los libros santos.

La hermosura del Hijo de Dios es la dicha de todos los bienaventurados; mas ¿quién, después de María, la contempla con tan pura y espléndida luz, como José? ¿Quién como él queda arrobado, suspendido en ella?

En la patria un bienaventurado es más dichoso que otro por la diversa participación del sumo Bien, nos ha dicho el angélico Maestro. Siendo esto así, el Hijo de Dios comunica al que fué su padre putativo, las riquezas de su divina gloria,

(1) Hebr., 1, 3-6.

por los honrosísimos títulos que no corresponden sino á José. En efecto, sólo nuestro Santo puede gloriarse con el de padre del Hijo de Dios; y él únicamente fué elegido por esposo de la inmaculada y santísima Virgen; y Jesús, al recordar que José fué su padre putativo y dignísimo esposo de María, le descubre en la luz de su divina esencia los riquísimos tesoros de la bondad divina, y la extensión de su amor para con él. Y José adora y bendice al Hijo de Dios que se dignó escogerle por su padre y le dió por esposa á su Madre divina.

El que es todo fuego, el Espíritu que procede como amor de la bondad primera, tiene con el castísimo Patriarca, relaciones íntimas, usando nuestro humano y pobre lenguaje, y que revelan cuánto es su amor para con El. Ese amor que abrasaba el corazón de José durante su vida mortal, al contemplarlo en la divina esencia, le revela misterios profundísimos que antes no había comprendido; porque estaba distante del Señor y fuera de su patria; caminaba hacia El por la fe, mas aún no le veía claramente (1). Ahora ese velo ha caído y José contempla en sí mismo la gloria del Señor. El Espíritu divino le tomó sobre sus alas, y le hizo avanzar de claridad en claridad, y le sumergió en el abismo infinito de la luz y del amor increados (2).

A la luz del Espíritu divino conoce las admirables perfecciones de María que le dió por esposa

(1) II Cor., V, 6, 7.

(2) Ibid., III, 18.

ese mismo Espíritu; y al fuego de la caridad de Dios, el corazón de nuestro Santo queda abrasado en las purísimas llamas del amor beatífico. Y José adora y bendice al Dios altísimo á quien llamamos benignidad y la eterna dulzura del Padre y del Hijo (1).

No se ocultan á las miradas del castísimo Patriarca, que sin cesar contempla la divina esencia, las necesidades de la santa Iglesia, que es el cuerpo de Jesús; y José no ignora cuánto hizo por ella su Hijo putativo, cuánto la amó sobre la tierra y la amará eternamente; y por esto el santísimo Patriarca, que todo lo alcanza del Señor, ruega por ella sin descanso; y cuanto hizo defendiendo y cuidando á Jesús, ahora lo hace con su santa Iglesia que le está encomendada, y vive segura á la sombra de su santo patrocinio, como vivió Jesús con la solicitud y los cuidados de este su padre tierno y amoroso cual ninguno ha sido.

Los que honran y veneran á este santísimo Patriarca, sin duda alguna recibirán singularísimas pruebas de su amor. Será para ellos como un ángel custodio que los lleve por todos los caminos de la vida sin ningún tropiezo, y los libre de todo peligro; y podrá dirigirles estas palabras: Haré que reine la paz en vuestros confines. Dormiréis y no habrá quien os espante. Ahuyentaré las bestias dañinas y no entrará espada en vuestros términos... Fijaré mi morada entre vosotros y no os desechará mi alma (2).

(1) Belarmin., Catechis.

(2) Levit., XXVI, 6, 11.

¿Qué bienes nos podrán faltar, si nuestra ardiente devoción al gran José atrae sobre nosotros sus miradas? Es la misericordia como la vida de su espíritu; y á todas partes le acompañan la compasión y la dulzura. Conoce nuestros males, los puede remediar, su clemencia le inclina hacia nosotros: ¿dejará de consolarnos? Los favores que de él recibimos y los auxilios que se digna dispensarnos, nos dan la respuesta. Bendigamos, pues, y demos gracias á Dios nuestro Señor que nos da en José un poderosísimo abogado que ruegue por nosotros en el cielo, y un padre lleno de bondad y de ternura que nunca se olvida de sus hijos.

¡Oh José santísimo! bendito sea mil veces el amor que Dios os tuvo; y benditas sean las gracias y prerrogativas con que quiso enriqueceros; y benditos sean vuestros trabajos y aflicciones, y vuestras santísimas virtudes que tan acepto os hicieron á los ojos del Señor; benditas sean las virtudes que os ganaron la preciosa corona de gloria con que Dios ciñó vuestra frente; corona preciosa y purísima gloria que os hacen admirable entre todos los santos.

No os olvidéis de vuestros hijos: rogad por nosotros á Jesús, rogad á María, y alcanzadnos la abundancia de los dones celestiales.

